



*Penacho* DE *Ganso*  
& *El Cartero*  
DE BARRIOMUNDO

— UNA OBRA DE TEATRO DE —  
**MARCOS BRAVO**

*Reservados todos los derechos de autor. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, y establece indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujesen, plagieren, distribuyeres o comunicaren públicamente, en todo o en parte, esta obra literaria, en cualquier tipo de soporte y medio, sea físico o digital, sin la previa autorización.*

Obra registrada en SAFE CREATIVE con número de registro  
**2203280814208**

\*\*\*


Abril 2022

    *@AutorMarcosBravo*

**Amazon Kindle y Distribuidora AZETA**

\*\*\*

Diseño de portada: MARCOS BRAVO  
Ilustraciones por SANDRA CUMPLIDO

 *@sandra.cumplido*

*Extracto del Primer acto  
de Penacho de Ganso*

La escena se presenta en una habitación con un señor buscando un traje en el armario. Las cortinas color crema dejan entrar la luz acariciando la espalda del caballero. Una cama, una mesilla con una fotografía en blanco y negro llena de color. Un espejo junto a una cómoda llena de cajones. Un gato blanco con ojos verdes. Un vinilo antiguo junto a la ventana tocando “*Histoire D`un Amour*” de Dalida.

AMADEO. - *Silbando en italiano una canción francesa.* – Vamos a ver, vamos a ver. ¿Dónde estará el traje negro? Juro que lo deje aquí. Aquí está. -*Lo coloca con cuidado sobre la cama. Lo mira y sonríe.* - Qué maravilla. Está impecable. - *Lo coge y lo cuelga en un perchero junto a la ventana y entra en el baño.*

DANIELA. - ¡Amadeo!

AMADEO. - ¡Dime, mamá! ¡Estoy en el baño!

DANIELA. - ¡Te dejo la camisa planchada en la habitación!

AMADEO. – ¡Vale, gracias!

DANIELA. - ¡¡Voy a prepararte el desayuno!!

AMADEO. - Bien, madre. Pero vamos, que estamos al lado, no hace falta exclamar.

DANIELA. - *Ella sigue hablando sola en voz alta para sí.* - Hay que ver este niño, si es que no para. Y, encima no se le nota ni un nervio, no lo entiendo. Yo estoy atacada. Cuantas cosas. Ay, Dios mío, y encima...

\*\*\*

La escena se transada a la sala principal de la casa, llena de luz, con grandes cortinajes estampados y bordados malvas. Un centro de flores enorme adorna la pared central. Las sillas están sin desplegar junto a la pared de la puerta. Unas borlas y bambalinas de colores cuelgan del techo. También candelabros con velas sin encender adornan un pasillo hacia el pequeño altar. Allí sentados junto a la ventana están Diego y Damián, dos viejos amigos, cada uno con un globo en la mano.

DIEGO. - Si, si, lo que tú digas.

DAMIÁN. - Me das la razón como a los tontos. Lo que pasa es que...

DIEGO. - Qué.

DAMIÁN. - Qué, pues eso.

DIEGO. - Ahora vas a decirme que no tengo razón.

DAMIÁN. - Pues no sé qué decirte.

DIEGO. - Pero concordarás conmigo que es un poco raro.

DAMIÁN. - ¿Y qué? Lo raro también tiene derecho a ser común. Es injusto que ese término lo usemos para catalogar lo que no entendemos o no concuerda con nuestro planteamiento estético social.

DAMIÁN. - Bueno, bueno, habló el listo.... Que sí, lo que tú digas. – *Entra la niña Giulietta.*

GIULIETTA. - Hola Diego, hola Damián.

DIEGO. – Hola, Giulietta, ¿estás muy guapa?

DAMIÁN. - Si, estas muy guapa. - *La niña sonrío y se le ilumina los ojos de un brillo azul celeste.*

DIEGO. - Hombre, en algo coincidimos.

DAMIÁN. - No lo digo porque tú lo pienses. Es que está guapa la niña.

DIEGO. - En eso estamos de acuerdo, pero yo digo que esta guapa, y tu usas el mismo adjetivo. Como si no hubiera maneras de decirlo. Preciosa. Linda, reguapa.

DAMIÁN. - Reguapa no existe como palabra. Esa te la has inventado.

DIEGO. - Es un término un poco más elevado de la expresión guapa, cuando pones *re-* es que sube un peldaño al adjetivo. Que eres un baldragas.

DAMIÁN. – Pero, no es correcto.

DIEGO. - Pero es así, y ya está. No es lo mismo pera, que *repera*.

DAMIÁN. – Claro, pera es una fruta del peral, y *repera* es una palabreja que no tiene definición, solo para el vocabulario intelectual del pueblo de *Diegolandia*.

DIEGO. – ¡Te estás pasando! - *Un silencio incomodo.* - El caso es que la niña está guapa, y ya está.

DAMIÁN. - En eso estamos de acuerdo, pero eso que llevas es muy raro. Yo lo siento mucho.

DIEGO. - Vamos a ver. - *Mirando a la niña que juega con unas flores.* – ¡Giulietta!

GIULIETTA. – ¿Sí?

DIEGO. - ¿Te gustan mis nuevas gafas?

GIULIETTA. – Te quedan muy bien. Te hacen más inteligente.

DIEGO. - Gracias. – *Dice alargando la ese del final.*

DAMIÁN. – ¡Pero si no tienen cristales! ¡Unas gafas sin cristales, eso no tiene ningún propósito!

DIEGO. - Y, qué más da. Qué culpa tengo yo si no tengo ni miopía, ni dioptrías ni nada de eso. ¿Qué hago?

DAMIÁN. - ¡Pues no llevar gafas! Creo que no hay que ser muy listo. ¡Eso es como si un hombre lleva sujetador si no tiene mamas!

DIEGO. - Si le gusta.

DAMIÁN. - ¡Y que membrillos sujeta! - *Se levanta de la silla y se va.*

DIEGO. - A qué me quedan bien, Giulietta.

GIULIETTA. - A mí me gustan, y así cuando te pique un ojo no hace falta que te las quites para rascártelo.

DAMIÁN. - Exacto. Y así no tengo que limpiar los cristales cuando estén sucios.

GIULIETTA. - Claro. - *Diego se levanta de la silla buscando a Damián.*

DIEGO. - ¡Damián! ¿Sabes cuáles son las ventajas de mis gafas? Veras, cuando...

\*\*\*

*Continua...*

*Extracto del Segundo acto  
de “El Cartero de Barriomundo”*

## · PRIMERA CASA ·

### *En guerra domiciliaria*

El cartero Mr. Tomy camina alegremente, sin prisa, por la gran avenida de Barriomundo, silbando en finlandés una canción hindú. Lleva su saco de cartas ladeando por el pecho y su gorra azul a juego con su corbata amarilla. Todas las casas son iguales, adosadas, con un jardín a la entrada, un porche de tres escalones con una barandilla blanca y un gran patio detrás.

MR. TOMY. – *Saca un fajo de cartas de su bolsa, las baraja mientras mira las casas.* – Vamos a ver, vamos a ver. Aquí está. – *Se queda con una.* - Vamos allá. – *Sube los escalones y toca la puerta con el puño.* - ¡Ah de la casa!

EL GENERAL ARIO. – Buenos días, Mr. Tomy. – *Le abre la puerta llevando su traje de General con sus medallas y todo. Le invita a pasar con la mano. Se marcha al salón y cae al sofá de orejas, como derrotado.* – ¡Pasa, hombre, no te quedes ahí!

MR. TOMY. – Gracias, General, le dejo aquí la correspondencia. – *Deja la carta en la mesa de la entrada.* – ¿Qué le pasa, que resopla así?

EL GENERAL ARIO. – ¡Estoy harto! ¡Más que harto!

MR. TOMY. – Vaya...

EL GENERAL ARIO. – Hasta que no acabe esta guerra no habrá paz en esta casa. – *De repente, coge su escopeta y dispara al cerco de la puerta. ¡Bang! Mr. Tomy se tira al suelo asustado.*

MR. TOMY. – Pero ¿qué hace, majadero?

EL GENERAL ARIO. – ¡No te escondas, que te he visto!  
– *Hablando alto.* – ¿No lo has visto? – *Dirigiéndose a Mr. Tomy.*

MR. TOMY. – No, ¿a quién? – *Se levanta sacudiéndose los pantalones del polvo.*

EL GENERAL ARIO. – Pues, a mi enemigo, el Teniente Moreno. ¿No lo has visto? ¡Estaba ahí, apuntándome desde la puerta! Maldito sea, como lo pille.

MR. TOMY. – Pero, no entiendo, ¿todavía siguen con las mismas?

EL GENERAL ARIO. – Hay cosas que no cambian hasta que uno no quiere, y yo no puedo hacer nada.

MR. TOMY. – Pero, ¿cómo han llegado hasta este nivel?

EL GENERAL ARIO. – Pues, le voy a contar, Mr. Tomy, tome asiento, por favor. – *El cartero se sienta.* – Un día, yo iba paseando alegremente con mi afán de conocer mejor este pueblo, y sin darme cuenta, caminé demasiado y me encontré en este hermoso barrio. Vi esta casa tan majestuosa, distinta al resto de las otras casas iguales. Entonces me dispuse a hacerla mía, como es mi costumbre de General. Entré dentro y me encantó mucho más.

MR. TOMY. – ¿No vivía alguien aquí?

EL GENERAL ARIO. – Pero, qué más da eso, yo soy un alto cargo, un General, puedo tomar lo que me plazca. Yo coloqué mi vitrina de trofeos bien a la vista, como usted puede ver. – *Le señala la vitrina.* – Coloqué mi cuadro de

marco dorado con mi Rey, con su traje de monarca mirando a la lontananza, ¿lo ve usted allí?

MR. TOMY. – Si, lo veo. Muy buena pose.

EL GENERAL ARIO. – Pues resulta que un día cuando iba directo al aseo, salió un señor de la nada con una bata de baño cepillándose los dientes. ¿Se lo puede usted creer? Así por las buenas. Claro, en ese momento, por educación, le di los *buenos días*.

MR. TOMY. - ¿Y quién era?

EL GENERAL ARIO. – Pues resulta que era un señor que decía que ésta era su casa. ¡Menudo petimetre!

MR. TOMY. - ¿Y qué hizo usted?

EL GENERAL ARIO. – Pues que iba a hacer, nada. Al principio nos dignábamos a darnos los *buenos días* a la mañana, por las tardes, las *buenas tardes*, y por las noches, nos dábamos un beso en la frente y nos dábamos las *buenas noches*. Por educación, soy un señor de crianza.

MR. TOMY. – Eso es bueno, ¿no? Al fin y al cabo, cómo saber de quién es la casa.

EL GENERAL ARIO. – ¡Pues lógicamente, la casa es mía! ¡No ve usted que soy un General bien pintado! ¡No ve usted la vitrina con los trofeos y el cuadro sublime de mi Rey! Mi gran sueño es hacer historia, dejar huella pisando fuerte al pie de quien sea.

MR. TOMY. – Pero, la historia sabrá que usted se metió en esta casa sin permiso.

EL GENERAL ARIO. – Amigo mío, la historia no se escribe, se dibuja.

MR. TOMY. – No entiendo. ¿No se anota todo tal cual fue?

EL GENERAL ARIO. – *Con una risa altiva.* – Querido muchacho, si así fuera la grandeza habría que merecerla, pero la historia son trazos que se tuercen al antojo de quien

dibuja. No me preocupa el honor, eso solo es una medalla que clava levantando la cabeza mientras con la pata entierras tus excrementos. La verdad hay que ganarla, pero el honor basta con cogerlo.

MR. TOMY. – Que cosas, siempre uno aprende algo nuevo. Pero, por lo que veo, ahora están ustedes en guerra.

EL GENERAL ARIO. – Si, pero solo de seis de la tarde a ocho y media. Que hace menos calor. Nos vamos detrás al patio, donde tengo mis tanques y mis barricadas. Allí nos tiramos piedras y nos insultamos. Nos decimos *¡Mentecato!* *¡Tragaldabas!* *¡Aprovechao!* Siempre sin ofender a las madres, por supuesto. Luego el sábado, hacemos ataques navales en la playa del jardín. El domingo descansamos, y pasamos la tarde en el porche viendo el atardecer. ¡Pero sin hablarnos! Esas eran las costumbres. Pero ahora le ha dado por intentar atacarme a horas que no son decentes atacar. Se cree usted que, a estas horas de la mañana, con el café recién tomado. ¡Eso no puede ser! – *Dice indignado.*

MR. TOMY. – Pero eso está muy feo.

EL GENERAL ARIO. – ¡Ah! Y encima tiene una peca aquí en la mejilla izquierda, horrorosa.

MR. TOMY. – Pero usted tiene una verruga ahí. – *Le señala con el dedo.*

EL GENERAL ARIO. – Pero en la derecha, que queda mucho mejor, además la mía tiene forma de cordillera portentosa. Su peca parece una mancha de cacao mal tirada.

MR. TOMY. – ¿Y ha probado usted a sentarse tranquilamente a hablar con el Teniente Moreno?

EL GENERAL ARIO. – ¿Hablar? ¡Que se cree usted, que somos animales! No, no, no. Lo más importante es mantener la postura de poder y girar la cabeza cuando pasa el otro por el lado. Lo único que sí hacemos es intercambiar

sus papayas por mis aceitunas. Pero eso es porque me encantan las papayas, aunque le tuerzo el morro cuando me las da, para que no crea que me gustan.

EL TENIENTE MORENO. - ¡Lo sabía! – *Entra en la sala con su traje de combate y su casco con redecilla.* – ¡Sabía que te gustaban mis papayas! – *Se dirige al cartero.* –

Disculpe, buenos días, señor. – *Le saluda.* – No haga caso a este pobre General, solo dice patochadas. ¡Esta era mi casa!

EL GENERAL ARIO. – Cuando yo entré nadie me impidió poner mis tesoros en el salón. No se puede dejar desocupado sus territorios. La ley del más listo.

EL TENIENTE MORENO. – Siempre con la misma historia. – *Se dirige a Mr. Tomy.* – No le haga usted caso. Además, ahora le ha dado por traerse a cualquiera que pase por la calle que tenga una verruga en el lado derecho de la cara y les invita a dormir en mi cama. Dice que quiere llenar la casa para que sea más acogedora. Además, hablan en un lenguaje inventado para que no les pueda entender.

EL GENERAL ARIO. – Que culpa tengo yo de que no entienda la gran lengua ancestral de mi alto barrio.

EL TENIENTE MORENO. – No puedo con este señor, me tiene *amargaito*.

EL GENERAL ARIO. – ¡Qué dices tú, con esa cara en los ojos, siempre ahí mirándome con la ceja baja! – *Los dos cruzan los brazos y se giran la cara, cada uno sentado en un lado del salón.*

EL TENIENTE MORENO. – Son demasiadas ofensas que me obligan a mí a ofender.

MR. TOMY. – ¿Y han probado ustedes a mirarse a los ojos, darse la mano y decir “lo siento”?

EL GENERAL ARIO. – ¿Cómo? – *Dice con desdén.*

MR. TOMY. – Podrían ustedes vivir los dos en esta casa felices y jugar juntos al cinquillo con las cartas por las tardes.

EL TENIENTE MORENO. – ¡Qué dice usted, eso es un disparate! – *Se ríe.*

EL GENERAL ARIO. – ¿No ve usted que tiene un lunar en la mejilla izquierda y yo soy de los de la gran verruga en la mejilla derecha?

MR. TOMY. – Yo lo digo porque si no ceden, al final solo van a conseguir vivir enfurruñados todo el tiempo, con lo bonita que es esta casa con su playa en la jardín. – *Mira por la ventana hacia el patio.* – ¿Han probado a saltar juntos en las olas de la playa y jugar con las raquetas en la arena?

EL TENIENTE MORENO. – Me encanta jugar con las raquetas. – *Dice sin mirarlo a la cara.*

EL GENERAL ARIO. – Yo podría llevar mis aceitunas con anchoas y pimientos. ¡Vamos, si usted quiere! – *Con tono de gruñón amable.*

EL TENIENTE MORENO. – Y yo podría llevar mi macedonia de frutas fresquita. – *Dice entre dientes apretando los labios.*

MR. TOMY. – Eso es, así se acabaría esta guerra domiciliaria. – *Los dos se quedan mirándose en silencio cada uno en un sillón del salón en rincones opuestos.* – Me tengo que marchar, que tengo más correo que dar. Adiós vecinos. – *Se marcha. Suena un ruido en la planta de arriba.*

EL GENERAL ARIO. – ¿Qué ha sido eso?

EL TENIENTE MORENO. – Los de la nariz ancha que viven arriba, que no dejan de esconderse cuando los busco.

El General Ario se levanta y se dirige a la mesita de la entrada. Coge la carta y sacándose una daga de la bota, la abre con maestría. Saca el papel y lo lee. Se queda pensando y se la entrega al Teniente Moreno. Los dos se miran mientras permanecen callados.

*Continua...*

¿Te has quedado con ganas de más?

Esta obra está llena de sorpresas y escenas ilirantes.

Adopta tu ejemplar y verás...